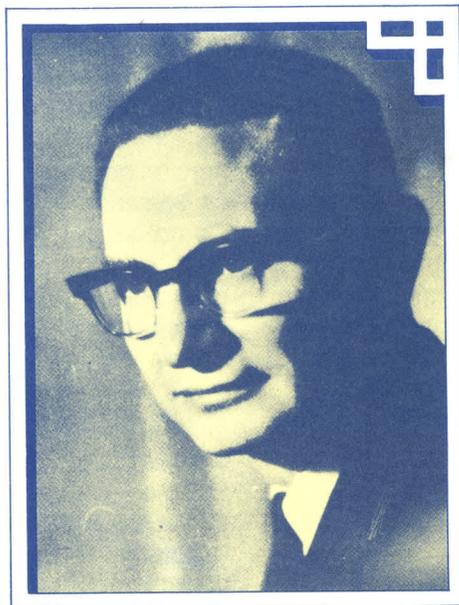


# LA ECONOMIA MUNDIAL A FINALES DEL SIGLO\*



**G**EORGE Bernard Shaw declaró: «Quienes pueden, hacen. Quienes no pueden, enseñan». El cínico de nuestros días dice: «Quienes son capaces de predecir, formulan previsiones econométricas. Quienes no pueden hacerlo, se vuelven futurólogos». Declaremos, desde el comienzo, que ningún científico puede determinar con precisión el futuro lejano. Lo que separa al sabio del aficionado es la plausibilidad de sus predicciones, el grado de interés y la pertinencia de su relato. La historia nos enseña que la suerte de los payasos ha superado a menudo a la de los sabios. Pero cada posibilidad tiene un payaso que la respalde; y así, una vez más, debemos juzgar la valía de un profeta por la plausibilidad *ex ante* de su modelo.

Nos separan veinte años del siglo XXI. ¿A quién recurrir para aprender a discernir el camino futuro? Nos-

tradamus no es de mi predilección. No hay realmente nada en Adam Smith, David Ricardo, o incluso Robert Malthus, que pueda servir a mis propósitos. El mundo no se dirige hacia un estado clásico de equilibrio estacionario, caracterizado por una población apenas suficiente para producir salarios mínimos de subsistencia.

¿Puede guiarme la visión de Karl Marx? Puesto que escribió hace más de un siglo, no sería justo criticarlo porque sus paradigmas nos resulten obsoletos. Sin embargo, las leyes reales del movimiento del sistema capitalista, registradas por los historiadores económicos durante el siglo posterior a la publicación, en 1867, de *Das Kapital*, no son las que él pregonaba; tampoco los patrones de la

\* Conferencia pronunciada en la sesión plenaria inaugural del Sexto Congreso Mundial de Economistas.

producción real o la participación del salario y la renta en la renta nacional pueden deducirse de los paradigmas marxistas de la plusvalía y de la composición orgánica del capital. Marx, el científico político merece mejores calificaciones que Marx el economista político. Cuando menos un tercio de la humanidad vive bajo el socialismo; y en ningún lugar, ni siquiera en Suiza o en Chicago, vive alguien bajo el *laissez faire* estilo siglo XIX.

A muchos se les llama profetas. Henry Adams, Oswald Spengler, León Trotsky y Pitirim Sorokin, Arnold Toynbee, John Maynard Keynes, Friedrich Hayek, Joseph Schumpeter, Herman Kahn, el Club de Roma. Muchos reciben ese nombre en su época, pero pocos lo conservan ante los ojos del historiador.

### KEYNES Y LA CONQUISTA DE LA POBREZA

No todos los profetas son igualmente malos. Como lo plantearía Oliver Wendell Holmes, el cinismo de Joseph Schumpeter nos da más por nuestro dinero que los misticismos de Arnold Toynbee. Cuarenta años después de que Friedrich Hayek escribiera su pesadilla sobre el Estado del bienestar que conduciría despiadadamente al asesinato totalitario de la libertad, los escandinavos gozan de la libertad más plena que el mundo jamás haya visto; y, contrariamente a la lógica de *El camino hacia la servidumbre*, sociedades como las de Chile y Singapur, que tienen la máxima libertad de mercado, viven bajo dictaduras que han eliminado las libertades civiles.

A efectos de la discusión de hoy, quiero concentrarme en las visiones del futuro de dos grandes economistas: John Maynard Keynes y Joseph Schumpeter. Ambos nacieron en 1883, año de la muerte de Karl Marx.

Ambos murieron poco después de la segunda guerra mundial.

De los dos, Keynes era el más optimista. En 1930, antes de la Gran Depresión, escribió un notable ensayo llamado «Posibilidades económicas para nuestros nietos» (1). Hizo previsiones para cien años, que abarcan el período que hoy analizo. Profetizó que para principios del siglo XXI las existencias de capital se duplicarían, y nuevamente se duplicarían, y se volverían a duplicar una vez más. Como señala Keynes, esto no tiene nada de extraordinario, salvo el sostenimiento prolongado del interés compuesto a una tasa del 2 por 100 anual.

La acumulación de capital, presagiaba Keynes, resultaría reforzada por la innovación tecnológica, los frutos de la ciencia, la ingeniería y la racionalización administrativa. Con un control voluntario del crecimiento demográfico, esto tenía que significar una multiplicación por cuatro a ocho veces de los niveles de vida *per capita* en los países progresistas.

Así, tres decenios antes de Galbraith, Keynes predijo la desaparición del problema de la escasez económica. Cuarenta años antes de la sociobiología de Edward O. Wilson, Keynes advirtió que la raza humana había evolucionado en la dura lucha darwiniana por la existencia. Le preocupaba que, una vez liberados por las máquinas de la necesidad de luchar por el pan de cada día, nuestros músculos se aflojaran y nuestro aburrimiento nos condujera a una crisis nerviosa colectiva. La enajenación, la neurosis, las drogas ligeras y fuertes en los barrios acomodados, se ajustan bastante al horóscopo keynesiano.

De hecho, Keynes previó correctamente el progreso milagroso del que

(1) «Economic Possibilities for our Grandchildren», en *Essays in Persuasion*, Macmillan, Londres, 1933. Vid. su versión castellana en este mismo número de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA.

gozó la economía mixta moderna en el tercer cuarto del siglo XX. He examinado sus someros apuntes econométricos, comparándolos con los resultados registrados por Simon Kuznets y Colin Clark, y es sorprendente lo afortunadas que resultaron sus extrapolaciones.

Sin embargo, sólo en los cuentos de hadas se puede escribir al final «y vivieron muy felices para siempre». Así como Karl Marx terminaba su visión histórica con una sociedad sin clases, en la que el Estado había desaparecido y los recursos de alguna manera se administraban económicamente, así el paradigma de Keynes finaliza en una especie de utopía sueca. En esta utopía las interacciones venturosas del acelerador y el multiplicador son logradas por el Banco de Inglaterra, que no tiene fines de lucro, y sirven para que la élite de Bloomsbury pueda dedicar sus días a la creación artística y sus noches a los placeres de la amistad.

### LOS ESQUEMAS EZQUIZOFRENICOS DE SCHUMPETER

Quizás en 1965 bajo el encanto del Camelot de John F. Kennedy, uno podía confiar en la verosimilitud de la trayectoria keynesiana del desarrollo económico. En 1980, frescos en la memoria los decepcionantes recuerdos de la década de los setenta, el horóscopo más pesimista de Joseph Schumpeter ha ganado pertinencia. Schumpeter escribió *Capitalismo, socialismo y democracia* (2), una década después que Keynes presentara su visión del futuro. La Gran Depresión le mostró cuan propensos eran los sistemas políticos de Europa y Norteamérica a separarse de los pa-

(2) *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper & Row, Nueva York, 1947. Existe versión castellana ed. M. Aguilar, Madrid.

trones y prácticas convencionales de la democracia constitucional. Puesto que Schumpeter había vivido ya la decadencia de la sociedad feudal austro-húngara, y había contemplado con cierto disgusto su sustitución por frágiles instituciones burguesas, estaba mejor preparado que la mayoría de nosotros para los acontecimientos de la era hitleriana.

También debemos recordar que Schumpeter estaba aislado en Cambridge, Massachussets, durante la segunda guerra mundial. Había pocos estudiantes. La mayoría de sus colegas había sido reclutada para la guerra. Al vivir en Cambridge y viajar a Cornwall, Connecticut, Schumpeter no tenía mucho contacto con el desarrollo real de la guerra. Así puedo dar fe, por mis propios recuerdos, que incluso en 1943 ó 1944 Schumpeter aún creía que Hitler saldría victorioso. Cuando se dio cuenta de la realidad, le entristeció la expectativa de que la Unión Soviética fuese el verdadero vencedor. Según su visión, nos habíamos equivocado al elegir tanto el aliado como el enemigo. Como no era una persona muy diplomática, y puesto que le complacía sorprender a sus oyentes, podemos estar seguros de que sus puntos de vista no eran muy populares en esos días de guerra.

Creo que sería erróneo, sin embargo, pensar que la visión de Schumpeter sobre el futuro fue formulada después de 1940. Si lo leemos cuidadosamente, podemos percibir que, ya en la década de los veinte, había llegado a los siguientes esquemas de la Historia:

#### *Primer axioma de Schumpeter*

*El sistema económico por sí mismo es esencialmente estable.* El equilibrio general walrasiano siempre tiene una solución y tal solución sería capaz de realizarse si el sistema político y sociológico permitiera el funcionamiento de las leyes económicas.

Es sabido que Schumpeter tenía una teoría dinámica de la innovación y el desarrollo. La innovación empresarial, que él vinculaba con un género sociológico particular, estaría facultada, mediante el sistema bancario de creación de dinero, para trastornar y perturbar el equilibrio walrasiano. De los impulsos innovadores resultarían auges y elevadas ganancias temporales. Pero entonces los molinos de la competencia imitativa triturarían y desgastarían finalmente las ganancias transitorias. Con toda probabilidad, el retorno al equilibrio walrasiano estaría acompañado por un nuevo impulso.

Con el tiempo, un sistema capitalista de *laissez-faire* encontraría otra vez su camino hacia un nuevo equilibrio walrasiano con un nivel de vida más alto, compartido por los trabaja-

dores y los propietarios de recursos naturales.

Para nuestros propósitos actuales, carece de importancia el alboroto que Schumpeter solía hacer acerca de los diferentes ritmos cíclicos del capitalismo. Para ser un adulto, se tomó demasiado en serio la taxonomía de las ondas largas de Kondratieff, los grandes ciclos económicos de Juglar con un promedio de alrededor de 8 años de duración, y los ciclos económicos más cortos de 40 meses de Kitchin-Crum. Su libro *Business Cycles*, en dos tomos escrito en 1938, se refiere a todo esto, pero en realidad nunca recibió mucha atención en aquellos primeros días de la revolución keynesiana y, como el propio Schumpeter reconoció plenamente, si el lector rechazaba su creencia en

## LA ECONOMIA MIXTA Y LOS ECONOMISTAS LIBERALES

La posición defendida por Samuelson en el Congreso Mundial de Economistas de Méjico suscitó, en el mismo escenario, la protesta encendida de los economistas liberales interpretada por Herbert Giersch, Presidente del Instituto de Economía Mundial de Kiel.

Cuatro fueron las críticas de Giersch a Samuelson:

1.<sup>a</sup> Sus dolidas observaciones sobre los juicios irónicos y desfavorables a la figura de Schumpeter. Las observaciones de Giersch parecen justas, si bien hay que pasarlas por el tamiz del estilo iconoclasta y cáustico en el que Samuelson escribe habitualmente.

2.<sup>a</sup> Su crítica al optimismo sobre el funcionamiento de la economía mixta y la justificación de las intervenciones públicas defendidas por Samuelson. La economía de mercado manifiesta fallos en su funcionamiento sobre los cuales se han montado las intervenciones públicas. Sin embargo, como Stigler ha afirmado los fallos del mercado no legitiman *por sí mismos* a la realización de

intervenciones públicas, ya que habría de probarse *antes* que la cura del Estado no es peor que la enfermedad del mercado. Los fallos del sector público se han mostrado en estos últimos años por los sistemas de economía mixta hasta el punto de que puede afirmarse de que se dispone como afirma Roland Vanbel de una teoría de los fallos del Estado semejante a la teoría de los fallos del mercado. Partiendo de la experiencia alemana, Giersch denuncia varias causas de esa falta de eficacia del sector público: la burocracia está mal informada y centraliza demasiado sus decisiones; carece de estímulos para administrar con economicidad los recursos; la descentralización de las decisiones de la economía pública es conveniente pero no resuelve todos los problemas planteados; rara vez se mide —y casi siempre se supone— el aumento de la productividad del sector público.

3.<sup>a</sup> Para Samuelson el problema de la economía mixta es el del estancamiento (y paro) con inflación. Este doble mal no ha recibido el tratamiento ade-

cuado que debe partir —en el caso del paro— del hecho de que existe más desempleo clásico (debido a los salarios reales elevados) del que creen los keynesianos y que este problema del desempleo tiene que acometerse atendiendo al nivel de salarios reales.

4.<sup>a</sup> El campo problemático contemplado por Samuelson es el limitado por los países desarrollados. Nada se dice de qué manera podrían las economías desarrolladas contribuir a la solución de los problemas con menor desarrollo. Realizar esa tarea requiere introducir dosis mayores de libertad en las *economías mixtas*: abriéndolas a los productos de los países en vías de desarrollo (liberalización de importaciones) y transfiriéndoles capital y tecnología. Esas decisiones no se adoptan. Con frecuencia incluso las *economías mixtas* ricas resuelven su problema a costa de los países subdesarrollados.

Frente a la *economía mixta* de Samuelson, es posible propugnar una *economía abierta*, concluye Giersch.

los ciclos económicos superpuestos, ello no afectaría materialmente la validez de su visión general del proceso económico.

Puedo añadir que el escepticismo sobre el estado de equilibrio de interés nulo de Schumpeter tampoco tiene por qué afectar necesariamente nuestra aceptación o rechazo de su visión del proceso de desarrollo innovador de destrucción creadora.

Antes de seguir con el segundo axioma de Schumpeter, debo señalar que el primero, sobre la estabilidad del sistema en términos puramente económicos, concuerda bastante con el horóscopo de 1930 de Keynes. Al escribir su libro en 1942, Schumpeter pudo haber olvidado la aritmética keynesiana de 1930, pero en la suya propia construye una acumulación de capital de interés compuesto similar que, para estimular la productividad, recibe la ayuda de un proceso de cambio tecnológico en desarrollo. De un plumazo, Schumpeter desecha como ridícula la preocupación de los keynesianos posteriores a 1936 sobre la posibilidad de que el ahorro excediera a la inversión. Puede perdonarse al Keynes de 1930 que no se haya preocupado por el dilema de una economía que se estanca por debajo de su capacidad de pleno empleo debido a un desajuste entre las propensiones al ahorro y las oportunidades motivadas de inversión. Schumpeter no puede reclamar una defensa similar cuando descarta frívolamente los celos de los escritores poskeynesianos sobre el estancamiento. Aquí Homero comete un grave error. En lugar de recurrir a argumentos teóricos del tipo «efecto Pigou», o de ordenar las tendencias empíricas anti-Hansen a la manera de George Terborgh, Schumpeter afirma simplemente que la mayor parte de la actividad de ahorro está motivada a su vez por la oportunidad de inversión. Así, dejando a un lado la psicología

de la depresión, Schumpeter sostiene que el consumo aumentará espontáneamente para cerrar la brecha cada vez que la inversión no alcance el vigor necesario. Por una vez, el entusiasta Schumpeter muestra su edad.

Hay una pequeña diferencia entre el optimismo de Keynes y el de Schumpeter. En 1930, Keynes habla en realidad de los éxitos futuros no del capitalismo, sino de lo que hemos dado en llamar desde entonces *la economía mixta*. Schumpeter, en cambio, trata el caso extremo del *capitalismo desencadenado*. No establece este modelo arquetípico como una proyección probable del futuro, sino precisamente como un ejemplo contrario a la realidad para ayudarle a demostrar su tesis respecto de la extinción política del capitalismo. Esto me lleva al segundo axioma de Schumpeter, con su negación hegeliana del primero.

### *Segundo axioma de Schumpeter*

Aunque el sistema capitalista es estable *económicamente*, el capitalismo es por esencia *inestable políticamente*.

Los propios éxitos del capitalismo de mercado en proveer los bienes del progreso material, proclamaba Schumpeter, llevarían a su ruina. La misma racionalidad del capitalismo que contribuye a su productividad servirá para corroer los sentimientos irracionales de cohesión social. Los hijos mimados de la abundancia rechazarán a sus padres y su herencia. Su desprecio a sí mismos los llevará al aburrimiento y a la enajenación. Como dije en mi discurso para el Nobel de 1970, Schumpeter, como Keynes, era un sociobiólogo prematuro. Pensaba que el problema económico de la escasez había hecho evolucionar de manera selectiva las formas más ade-

cuadas del pensamiento racional. La necesidad de ser *homo economicus* fue el impulso de la lucha darwiniana que creó al *homo sapiens*.

A medida que *Capitalismo, socialismo y democracia* se acerca a su cuadragésimo aniversario, lo que más vigencia conserva de su análisis es esta sorprendente tesis de que el propio éxito del capitalismo será su ruina. Joseph Schumpeter, mirando desde el Valhalla la revolución iraní contra el Sha, se ha de estar jactando: «se lo dije». Desde su punto de vista, la misma suerte hubiera corrido Pedro el Grande si los elementos feudales de la superstición y la religión no hubieran conspirado para protegerlo del destino del Sha.

Schumpeter, como Thorstein Veblen, en realidad no documenta de manera concluyente los interesantes dogmas que presenta. Como Oliver Twist, los lectores clamamos por «más».

En el año 1969, en la época de la guerra de Vietnam y de las revueltas estudiantiles de la Nueva Izquierda en universidades norteamericanas, escribí un artículo para *Newsweek* titulado *Memorias*. Trataba de una gran noche de mi vida en Harvard, cuarenta años antes, cuando los gigantes se paseaban por los patios de la institución. Dada su pertinencia con respecto a las perspectivas para 1999, me permito citar mis palabras de entonces:

«Joseph Schumpeter, el brillante economista y profeta social de Harvard, discutiría con Paul Sweezy sobre "El futuro del Capitalismo". Wasily Leontief actuaba como moderador, y en el Auditorio Littauer no cabía la multitud.

»Permitidme reconstruir el escenario. Schumpeter era un representante genuino de la aristocracia de la Austria de Franz Joseph. Había confesado tener tres deseos en la vida: ser

el mejor amante de Viena, el mejor jinete de Europa y el más grande economista del mundo, "pero por desgracia", como él mismo solía decir modestamente, "la silla que heredé nunca fue la adecuada".

»Mitad charlatán, mitad sabio, había sido el *enfant terrible* de la escuela austriaca de economistas. Administrador de una princesa egipcia, propietario de una cuadra de caballos de carreras, ministro de Hacienda de Austria, Schumpeter podía contemplar las perspectivas de la sociedad burguesa con la objetividad de aquel cuyo mundo feudal había llegado a su fin en 1914. Su mensaje y su visión pueden leerse en la obra clásica que escribió hace un cuarto de siglo, *Capitalismo, socialismo y democracia*.

»*La envidia de los dioses*

»Frente al astuto Merlín se encontraba el joven Sir Galahad. Hijo de un directivo del Banco de J. P. Morgan, Paul Sweezy era lo mejor que Exeter y Harvard pueden producir. Cansado del "Gentlemen's C" y de la buena vida en Locke-Ober's con Lucius Beebe, Sweezy se había dado a conocer tempranamente como uno de los más prometedores economistas de su generación. Pero también cansado por la sabiduría convencional de su época y estimulado por los acontecimientos de la Gran Depresión, Sweezy se convirtió en uno de los pocos marxistas de Estados Unidos. (Como él solía decir, los economistas académicos norteamericanos que eran marxistas se podían contar con los pulgares de las dos manos: el desaparecido Paul Baran, de Stanford, y, en una escuela de verano ocasional de inusitada tolerancia, el profesor Paul Sweezy.)

»Injustamente, los dioses habían dotado a Paul Sweezy, además de una mente brillante, de un bello rostro y de ingenio. Se enfrentaba al

mundo con lo que William Buckley hubiera deseado con desesperación ver en su espejo. Si un rayo le hubiera caído encima esa noche, la gente habría dicho que en verdad había provocado la envidia de los dioses.

»Reparto excelente. Tendría que ser William Hazlitt para recordar el intercambio de ingenio, las limpias réplicas y estocadas, todo ello especialmente agradable por el obvio afecto que se tenían estos dos hombres a pesar de la polar oposición de sus puntos de vista.

*»El encuentro de los contrarios*

»Los grandes polemistas merecen grandes moderadores, y esa noche Leontieff estaba en magnífica condición. Al final, resumió con objetividad los puntos de vista expresados:

»"El paciente es el capitalismo. ¿Cuál será su destino? Nuestros expositores concuerdan, de hecho, en que el paciente se está muriendo inevitablemente. Sin embargo, las bases de sus diagnósticos no podrían ser más diferentes.

»"Por un lado está Sweezy, quien utiliza el análisis de Marx y Lenin para deducir que el paciente se muere de un cáncer maligno. No hay cirugía que pueda ayudarlo. El fin está próximo y es inevitable.

»"Por otro lado está Schumpeter. El también, y con cierto júbilo, admite que el paciente se muere. (Su gran amor murió en 1914 y su fuente de lágrimas se secó desde entonces.) Pero para Schumpeter el paciente se muere de un mal psicosomático. Su enfermedad no es el cáncer sino la neurosis. Abrumado por su odio contra sí mismo, ha perdido el deseo de vivir.

»"Según esta opinión, el capitalismo es un sistema imposible de amar, y nadie amaré lo que no es digno de

amarse. El mismo Paul Sweezy es un talismán y un presagio de la alienación que sellará la ruina del sistema."

»Todo esto lo había olvidado desde tiempo atrás. Y hace algunos años, al releer el libro de Schumpeter, lo calificué con notas bajas por su pesimismo acerca del progreso que alcanzaría la economía mixta (el capitalismo en una tienda de oxígeno, como él decía). Su fracaso en predecir el progreso milagroso de los años de posguerra le valió, ante mis ojos, una calificación menos que mediocre.

»Sin embargo, los acontecimientos de 1969 en las universidades revelan una alienación de los jóvenes privilegiados que justifica una revisión de las calificaciones concedidas a Schumpeter.»

## **EL MILAGROSO EMPUJE DE MEDIADOS DEL SIGLO**

¿Cómo podríamos juzgar los méritos respectivos de las previsiones de Keynes y Schumpeter? Lo que me parece más útil de mi evaluación de estos grandes economistas reside en que descubrir sus éxitos y fracasos es una manera instructiva de formular mis propios presentimientos sobre los años venideros.

En primer lugar, Keynes y Schumpeter hicieron una estimación bastante buena de lo que los economistas modernos llaman «la tendencia del PNB potencial» para las naciones avanzadas del mundo. Esta no es una tarea de complejidad sobrehumana. Los legos, e incluso algunos profesionales excéntricos, se las arreglan para cometer grandes errores a este respecto. Los soñadores locos prevén, cada sábado, el inminente fin del mundo. Los escritores de ciencia ficción vaticinan avances increíbles del nivel de vida a la vuelta de la esquina, y encuentran un público ávido

entre los enemistados con el «aquí y ahora». En cambio, del sobrio análisis sobre las tendencias estadísticas de un Simon Kuznets o un Arthur Okun resulta una historia menos excitante pero más creíble. Los más grandes economistas de mi época

han sido muy sabios para estimar, a ojo de buen cubero, lo que los modelos más elaborados derivarían luego de un cálculo tedioso.

En general, considero que Schumpeter subestimó en buena medida el

## LA CRISIS ECONOMICA Y LOS RECURSOS NATURALES

### *El punto de vista de Kaldor*

Samuelson afirma, al tratar de discernir el camino hacia el futuro en su trabajo «La economía mundial a finales de siglo», que «no hay nada realmente en Adam Smith, David Ricardo o incluso Robert Malthus que pueda servirme para ese propósito».

No todos los economistas estarían conformes con esta opinión. En el propio Congreso Mundial de Economistas, Nicholas Kaldor indicaría en su intervención en el acto de clausura, que la gran enseñanza de los años 70 es que las limitaciones impuestas al desarrollo de la economía provienen, no como se había creído y enseñado durante mucho tiempo, de la escasez de capital, sino de la limitación de los recursos naturales, bien sean los provenientes del suelo, subsuelo o del mar. «Me pregunto —afirma Kaldor— si muchos economistas han tomado en serio la predicción universal de todos los clásicos, desde Adam Smith y Ricardo hasta John Stuart Mill, que debido a la escasez de tierra y recursos naturales alguna vez tendrá que detenerse el crecimiento económico general y de que, en el camino hacia ese fin, será necesario dedicar una proporción siempre creciente de trabajo a satisfacer las necesidades humanas básicas de alimentación, dejando sólo un margen decreciente para las demás necesidades».

Los efectos de ese principio clásico que inspira su teoría del desarrollo económico y que, en definitiva, no es otra cosa que la *gran ley de los rendimientos decrecientes*, puede quedar en suspenso durante algún tiempo por lo que David Ricardo denominó «mejoras en el arte del cultivo», o expresado en términos actuales, por la innovación y el progreso tecnológicos. Dicho en otros términos: las invenciones e innovaciones que *ahorran tierra o recursos naturales* pueden evitar las consecuencias que establece la finitud o limitación de



recursos naturales. Y esto es justamente lo que ocurrió durante mucho tiempo. Las «mejoras en el arte del cultivo» más bien que suspender el funcionamiento de la gran ley de rendimientos decrecientes —afirma Kaldor— «la hicieron prácticamente inexistente».

Los hechos de la crisis actual han vuelto a traer a la escena la limitación de los recursos naturales, lo que fuerza, en distintos frentes, a realizar pagos crecientes por su uso, explicando la vuelta a un crecimiento lento de aquí a fin de siglo, a menos que una mejora —imprevisible por ahora— en el «arte del cultivo» elimine esta restricción impuesta por los recursos naturales escasos de los que crudos petrolíferos constituyen la manifestación más elocuente, aunque no la única.

La vuelta al mundo clásico de la economía para encontrar en él la explicación de nuestros problemas que propone Kaldor había sido ya sugerida con anterioridad por el profesor Luis Angel Rojo al analizar las características de la crisis económica. «Para llegar a definir el núcleo de los problemas presentes, hay que ir —afirma el Profesor Rojo— hasta la teoría que David Ricardo elaboró hace más de un siglo y medio so-

bre las consecuencias de la escasez de un factor natural de producción básico: la tierra agrícola en la Inglaterra de su tiempo. Ese factor es el mismo que actúa en el nuestro manifestado a través de los recursos energéticos. Ricardo señaló que la presión de la demanda sobre las disponibilidades del factor natural escaso, generaría rentas rápidamente crecientes en favor de los poseedores de dicho factor; que, en consecuencia, la renta disponible para ser distribuida entre el capital y el trabajo, tendería a verse comprimida; que ello llevaría, en el curso normal de las cosas, a un progresivo descenso del tipo de beneficio sobre la inversión; y que, como resultado de todo ello, la persistente escasez del factor natural básico impondría un paulatino descenso en la tasa de crecimiento de la economía. O el avance tecnológico acababa ofreciendo una salida —concluía Ricardo— o la economía avanzaría lentamente hacia el estancamiento en caso de no eliminarse la escasez».

Ese análisis clásico de los problemas de otro tiempo es válido en el momento actual —concluye el Profesor Rojo— sin más que añadirle como dato nuevo «la lucha del capital y el trabajo por asegurarse una participación en las menores tasas de crecimiento económico, lo que conducirá, con toda probabilidad, a procesos inflacionistas de intensidad dependiente de las actitudes sociales y de la política económica».

De esta forma, el futuro queda condicionado por las bajas tasas de crecimiento impuestas por las limitaciones de los recursos naturales que se abrirán paso en las distintas economías a través de las fluctuaciones que caracterizan a los precios del factor natural escaso que es la energía. Un crecimiento lento e inestable que se explica a partir del núcleo del análisis de los problemas del desarrollo por los economistas clásicos.

desarrollo real de la economía mundial en el tercer cuarto del siglo XX. Su argumento era que «el capitalismo encadenado, el capitalismo en una tienda de oxígeno», podía sobrevivir de una manera viable. Pero no me parece que haya tenido la imaginación o la suerte de percibir por anticipado el real milagro económico de que gozan Alemania y Japón, Suecia y Suiza, Europa Occidental en general y, en particular, los países que dieron origen al Mercado Común.

Si Schumpeter hubiera previsto este magnífico desarrollo, por la lógica de se pensamiento habría creído que se llevaría a cabo *a pesar* de la intromisión de la economía mixta en las prerrogativas del capitalismo de mercado. Por la ventaja de una visión retrospectiva, yo me veo obligado a llegar a una conclusión totalmente opuesta: que el milagro de las décadas de los cincuenta y sesenta se incrementó en realidad por estas intromisiones de la economía mixta en el capitalismo del *laissez faire*. Japón, Sociedad Anónima, no tiene la estructura walrasiana de la competencia perfecta ni la oligopolística del dinámico capitalismo monopolista de Schumpeter. La burocracia del Banco de Japón y del Ministerio de Industria y Comercio Exterior desempeñaron una función vital en el milagro.

En todo el mundo, el ambiente poskeynesiano proporcionó un estímulo macroeconómico al empleo y dio una protección efectiva contra la deflación y las depresiones persistentes. Después de los éxitos del Plan Marshall y de la ocupación de Japón por MacArthur, la fragilidad esencial del mecanismo de Bretton Woods no se reconoció durante mucho tiempo. En el paraíso de los tontos, la subvaluación del dólar se convirtió en su sobrevalorización, desequilibrio que fue cubierto con papel durante la década de los años sesenta por la

reticente aceptación generalizada de «pagarés», que no eran otra cosa los dólares.

A menudo he reflexionado acerca de esta pregunta fundamental: ¿por qué no alcanzó Europa Occidental a Estados Unidos después de la primera guerra mundial como lo hizo después de la segunda? No puedo culpar a Schumpeter por no haber profetizado este alcance admirable, pero este error revela que sólo era humano.

Suecia es un ejemplo que empleo a menudo para medir la perspicacia y las limitaciones de Schumpeter. Este país puede todavía confirmar el pesimismo cínico de Schumpeter, pero ese pesimismo fue anunciado sin duda veinticinco años antes de tiempo. De 1945 a 1970 la Suecia neutral realizó un verdadero acto de magia. Evitando el socialismo anticuado de Schumpeter (la propiedad estatal de los medios de producción) se acercó mucho a un régimen igualitario mediante la expansión de los beneficios sociales financiados con impuestos. Lo notable es que Suecia fue capaz de *redistribuir el pastel social sin reducir su tamaño ni disminuir su tasa de crecimiento*. Las participaciones justas coexistieron con incrementos del 8 por 100 anual en la productividad industrial, aumentos que soñaron los habitantes de Australia y Nueva Zelanda pero que pocas veces se confirma en los libros de historia de cualquier país.

¡Ay, pobre Hayek! Sus lectores en 1945 no estaban preparados para los triunfos estadísticos registrados veinte años después en los anales de la OCDE. Los marxistas actuales tuvieron que atacar los comprobados incrementos crecientes del salario real del proletariado con la queja: «¿Qué es la prosperidad material para un trabajador *alienado*?». De manera similar, los doctores Hayek y Friedman, en la derecha, han tenido que pedir

prestada una página de Ludwig Von Mises y despreciar como insignificantes los índices de la producción real, que han crecido en forma desmesurada en economías de Europa Oriental, sobrepasando en exceso los incrementos del mercado libre; y cuando esto no alcanza como excusa, siempre pueden lamentarse: «¿Qué es la prosperidad material para individuos que han perdido sus derechos a una plena libertad?»

### **¿ES INEVITABLE EL SOCIALISMO?**

Vivir es cambiar de opinión. Con no poca frecuencia un sabio llegará a repudiar su propia obra clásica anterior.

Yo podría probar, a partir de mi contacto personal con Joseph Schumpeter, que en los años cuarenta ya no creía lo que me enseñó en mi primera tarde de 1935 en la Universidad de Harvard: que ninguna gran empresa como Du Pont o General Motors podía permanecer por mucho tiempo en la cima ante el embate de los nuevos innovadores. En sus últimos escritos, Schumpeter había adoptado el punto de vista de que las grandes sociedades modernas han adquirido, en cierto sentido, el secreto de la eterna juventud y del rejuvenecimiento innovador.

Sin embargo, sabemos que, hasta la tarde en que murió, Schumpeter seguía creyendo que el capitalismo estaba en camino hacia su cita con el socialismo. Su muerte fue como un regalo de los dioses. Murió en su puesto de batalla, con la pluma académica en ristre, en el pináculo de su capacidad. Casi tenía terminado el penúltimo párrafo de su discurso para la Asociación Americana de Economía titulado «La marcha hacia el socialismo». Por una vez Schumpeter

quedó atrapado en la sabiduría convencional. Y si nos dedicamos a un análisis minucioso de dónde pudo haberse desviado en sus extrapolaciones, ello nos ayudará a escudriñar el futuro del decenio actual.

El socialismo tuvo alguna vez, quizá, una definición sencilla, según la cual el Estado era propietario de los medios de producción: la tierra y las minas, las fábricas y las herramientas, las materias primas y los productos terminados. Eso era el socialismo. Por contraste, bajo el capitalismo, la tierra, el trabajo y los bienes de capital eran todos de propiedad privada y se distribuían mediante el equilibrio impuesto por el estira y afloja de la competencia en el mercado.

Todo esto era comprensible para los primeros escritores socialistas, tanto para los fabianos, como los Webbs y Shaw, como para los seguidores de Marx. Ellos y sus críticos capitalistas hubieran convenido en que la Revolución de octubre de Lenin convirtió el capitalismo zarista en socialismo. Y habrían estado de acuerdo en que la adquisición gradual de las minas de carbón, los ferrocarriles, los Bancos y las siderúrgicas por parte del Gobierno británico significaría un avance en el camino del capitalismo al socialismo.

Si se interpretara la resuelta predicción de Schumpeter de que el capitalismo iba rumbo al socialismo, en el sentido de que en el tercer cuarto del siglo XX abundarían las expropiaciones públicas de los medios de producción, entonces tendríamos que adjudicar una nota baja a esa previsión.

Yo creo que Schumpeter comprendía esta cuestión, pero que nunca llegó a clarificar realmente sus ideas al respecto. Cuando se amplía la definición de socialismo a tal extremo que se evite todo error técnico posible, el concepto se vuelve tan difuso

que quizá pierda buena parte de su utilidad.

Relataré una anécdota personal para ilustrar las ambigüedades de Schumpeter. En una ocasión, durante una fiesta, me dijo: «Pensaba que un socialista como tú estaría de acuerdo». Quedé bastante desconcertado, en verdad sorprendido, y pregunté: «¿De veras crees que soy socialista, Joe?». Llevé las cosas más allá de la cortesía superficial, para comprender mejor el punto de vista global de Schumpeter. «Después de todo — señalé— soy un producto de la Escuela de Chicago, de la influencia de Frank Knight y Henry Simons. Al principio rechazaba la revolución keynesiana en el análisis macroeconómico. ¿Crees que es un socialista cualquiera que crea en la política fiscal de estabilización y en los programas de bienestar del New Deal? ¿Según qué criterio, después de conocerme todos estos años, podrías definirme como socialista?».

Schumpeter se sintió incómodo. A fin de cuentas, era un hombre cortés, y las normas de la buena educación no obligan a decir la verdad en toda su crudeza. Finalmente explicó: «Mi querido Paul, yo sólo me refería a lo que no negarás, a tu falta de respeto por los artículos de fe del capitalismo».

Admito que en ese momento me atrapé. Yo siento realmente una falta de respeto por la mayoría de las cosas; es un defecto que tengo. Pero dejemos a un lado las características personales; nótese cómo se extiende la definición de socialista hasta abarcar a todos los que son cínicos, o incluso objetivos, en relación con el capitalismo, y cómo esta ampliación del concepto convierte en trivial la afirmación de que, en la última mitad del siglo XX, el socialismo llegará a prevalecer.

Esto reduce a una tautología re-

dundante la tesis de Schumpeter en el sentido de que el desafecto ideológico hacia el capitalismo crearía el socialismo. No se puede decir que el desafecto provoque desafecto: el desafecto es desafecto, así como una rosa es una rosa y dos más dos son cuatro, afirmaciones todas que no pueden refutarse empíricamente o corroborarse en términos lógicos.

En algún lugar, Schumpeter propone una ampliación más útil del concepto «socialismo», más allá de su connotación original de propiedad estatal de los medios de producción. Dice que es una extensión del socialismo «la ampliación del sector público a expensas del privado».

Al utilizar esta terminología, Schumpeter volvía a acercarse mucho a Keynes y a los liberales del New Deal (en el sentido norteamericano de la palabra liberal). En el debate Schumpeter-Sweezy al que me refería, resultó ominosa la predicción del primero sobre la muerte del paciente, aunque sólo fuera de un mal psicossomático. La muerte, después de todo, no es una broma. Sin embargo, el público se hubiera preocupado menos por su diagnóstico si Schumpeter hubiera explicado, con paciencia, lo que realmente quiso decir: que el paciente estaba cambiando de piel, iniciando una nueva vida de deporte y vitaminas, y de nobles pensamientos según las líneas directrices de la economía mixta.

Debo repetir que su pensamiento era confuso. No creía que la economía mixta, cuya evolución había percibido correctamente, fuera en verdad una manera estable y funcional de administrar la sociedad moderna. Que Schumpeter estuviera equivocado, en general, en su visión sobre el tercer cuarto del siglo, no debe cernarnos acerca de la posibilidad de que algunos de los desajustes que él temía parezcan más cercanos en este último cuarto de siglo.

## **AMERICA LATINA COMO PARADIGMA**

---

La mente humana piensa en términos de casos concretos demasiado dramáticos. Creo que para entender el futuro debe existir un paradigma más útil que Escandinavia, los Países Bajos o una economía mixta típica de Europa Occidental o Norteamérica. No propongo concentrarnos en la experiencia yugoslava o en una economía de Europa Oriental, como Hungría o Polonia. En cambio, tengo en mente el ejemplo latinoamericano.

Supongamos que alguien hubiera preguntado en 1945; «¿En qué parte del mundo espera usted el más impresionante despegue económico en las próximas tres décadas?». Probablemente yo hubiera contestado algo así: «Argentina es el país del futuro. Tiene un clima templado; su densidad demográfica permite una dotación favorable de recursos naturales por persona ocupada. Por un accidente histórico, su población constituye la más homogénea prole de las naciones de Europa Occidental. Y Argentina, en 1945, se encuentra en ese estado intermedio de desarrollo del cual se puede pasar con facilidad a un rápido crecimiento».

¡Cuán equivocado hubiera estado! Mi profecía tampoco hubiera sido mucho mejor sustituyendo a Argentina por Chile. De hecho, la mayoría de los países sudamericanos ha quedado muy por debajo de las potencialidades de desarrollo que tenía en la posguerra. La razón no parece limitarse a lo económico. No podemos explicar lo que sucedió recurriendo a la ley de Malthus de los rendimientos decrecientes. No hubo cambios exógenos en la demanda mundial particularmente desfavorables para esa región. Su enfermedad, plantearía Schumpeter, es más política y sociológica que económica. Tiene que ver

con la crisis del consenso social, con los resultados lógicos de la democracia populista. Los diagnósticos de conservadores como Schumpeter, Pareto o Sorel hubieran concordado con los análisis de la lucha de clases de los escritores marxistas, pero con esta diferencia: los marxistas verían con beneplácito la lucha entre las clases que echa a perder los logros del capitalismo. Ella forma parte de los penosos dolores de alumbramiento necesarios para que nazca la benévola condición permanente del comunismo. Para Pareto y Schumpeter, en cambio, los dolores mortales de la economía de mercado tienen la inevitabilidad de una tragedia griega, pero son, en sí mismos, inútiles y lamentables.

Como no soy un experto en América Latina, no pretendo dar una interpretación definitiva de su enfermedad política. Sería superficial culpar al dictador Juan Perón por la falta de progreso. Años después de que Perón abandonara el país y antes de su regreso, la inflación crónica y el crecimiento estancado ya caracterizaban esa región.

Es irónico que alguna vez se haya calificado a Uruguay como «la Suiza de América Latina». (Es irónico, desde otra perspectiva, que Líbano fuera llamado alguna vez la Suiza del Cercano Oriente.)

## **NUESTRO MODO DE VIDA ACTUAL**

---

Oslo, Washington y Nueva Delhi están muy lejos de Buenos Aires y de Santiago. Al atisbar las próximas décadas, en el marco de la «estanflación» mundial de los años setenta, ¿es exagerado temer que muchas de nuestras economías mixtas empiecen a sufrir una versión del mal que aqueja a Argentina?

Mi predicción implícita no es que las tasas recientes de inflación de 5 a 20 por 100 reaparecerán, en los ochenta, en la forma sudamericana de 30 a 200 por 100 anual. No lo considero particularmente probable y no es una parte esencial de mi tesis la idea de que eso pudiera suceder.

Mi argumento va más allá. Hemos comido los frutos del árbol del conocimiento. Ya sea por la razón de Schumpeter (el éxito del capitalismo puede engendrar alienación hacia sí mismo), ya por otras razones que explicaré, las sociedades democráticas no practican la autonegación y no dejan operar en libertad al juego walrasiano de la economía pura. *El mismo interés propio que fue el combustible en el juego clásico del mercado libre generará en la esfera política actual, con toda probabilidad, interferencias en el escenario del laissez faire.*

Esto podría reivindicarse como un teorema de la teoría de los juegos de Von Neumann.

«El equilibrio social a la manera de la Reina Victoria o de Calvin Coolidge es inestable. Si todos los grupos menos uno se adhieren a sus normas de comportamiento, es indudable que a las personas restantes les conviene ponerse de acuerdo y utilizar al Estado para alejarse del *laissez faire* tanpreciado por Ludwing Von Mises o Frederic Bastiat.»

Habrá quienes me respondan: «pero si todas las confabulaciones y grupitos trataran de adivinar el comportamiento del mercado, *todos* podrían terminar en peores condiciones que si hubieran dejado actuar a la Mano Invisible (y no pensante) de Smith». Esta objeción, sin embargo, no es válida, porque también es un teorema de la teoría de los juegos de sumanula que el estado de la Regla de Oro, que haría feliz a todo el mundo si todos se adhieren a él uniformemente, puede ser, él mismo, inesta-

ble. Si algunos se adhirieran al comportamiento que éste exige, a otros les convendrá alejarse de él por su propio interés. La religión y la superstición se invocan para hacer propaganda a la Regla de Oro, precisamente para aliviar esta inestabilidad incipiente.

No se interprete que, en mi opinión, la economía mixta es intrínsecamente mala. No pienso que *cualquier* interferencia en el *laissez faire* sea dañina. Los economistas neoclásicos de renombre tenían una visión noble y viable.

Proponían la redistribución fiscal y la realización de transferencias para reducir las graves desigualdades del *laissez faire*. Ejemplos al canto: Marshall, Wicksell y Pigou. Los economistas también pugnaban por la estabilización macroeconómica, ya fuera en la versión de Irving Fisher en 1920, la de Keynes-Ohlin en 1937 o la de Tobin-Friedman en 1980. Y los bien intencionados como yo asignamos un papel en la economía mixta a las políticas democráticas elaboradas para incluir en la fracción del PNB que se destina a la formación de capital, y para prever mecanismos de planificación democrática que permitan lidiar con los problemas externos y probabilísticos del futuro.

La mayoría de ustedes reconocerá que se trata de una hermosa visión. Sin embargo, ¿qué garantía existe de que las fuerzas de la democracia se pondrán de acuerdo precisamente sobre interferencias óptimas en la economía de mercado dejando de lado todas las demás tentaciones que implican pérdidas de lastre y deformaciones?

La razón plantea dudas y la experiencia, por desgracia, no las mitiga. Examínese la historia de unas cincuenta colonias que lograron su independencia nacional en nuestra era. ¿Para cuántas de ellas coincidió la

emancipación con el despegue rostowniano en la esfera económica? Ustedes saben cuán triste es la cruda realidad en este terreno. Incluso admitiendo un período inicial de descenso por razones de ajuste, las discrepancias entre las metas y los logros de los planes quinquenales es dolorosamente evidente.

### **LA «ESTANFLACION» COMO UN RASGO INHERENTE DE LA ECONOMIA MIXTA**

Mi preocupación no es la de un elitista que mira desde arriba y con lástima la inmadurez de los países en desarrollo. Las campanas que oigo doblan, me temo, para los países más poderosos de América del Norte y de Europa Occidental, así como para Japón y Australia.

En este mismo momento, Estados Unidos experimenta una genuina recesión, y buena parte del mundo sufre una disminución de su crecimiento.

Y bien, ¿qué hay de raro en ello? La del capitalismo es una historia de auges y depresiones. La diferencia es que *esta recesión ha sido deliberadamente fabricada por los gobiernos*. Si ustedes hubieran asistido el año pasado a las conferencias de las autoridades económicas internacionales, se habrían dado cuenta de que la mayoría de los funcionarios de Bancos centrales y de tesorerías presentes, por no mencionar a una ligera mayoría de los académicos allí reunidos, deseaba una contracción recesiva. La razón es clara. Consideraban que el aspecto «inflación» de la moderna enfermedad «estanflación» es un mal peor que el aspecto «estancamiento». Ni su experiencia ni su razón los condujeron a proponer un control obligatorio de precios y salarios como un antídoto mejor que la recesión artificial. Otro factor que reforzó su

actitud fue la esperanza de que los precios de la OPEP pudieran controlarse mejor si un descenso de la actividad económica mundial disminuyera la demanda de energía.

Según mi tesis, la estanflación es una característica intrínseca de la economía mixta. En 1973 redacté un memorándum sobre la estanflación mundial para el Consejo de Asesores Económicos de Alemania Occidental. En él formulo un diagnóstico pesimista sobre esa enfermedad de nuestro tiempo. Espero que mi tesis esté equivocada, dada su importancia y porque rastrea las raíces del mal hasta la propia esencia del moderno Estado de bienestar.

«En resumen, atribuyo la estanflación de la economía mixta al hecho de que ahora vivimos en una sociedad humanizada, en la que no se permite que el desempleo y la recesión industrial presionen hacia abajo los precios y salarios, como era característico del cruel y despiadado capitalismo de los textos de historia» (3).

Me parece erróneo suponer que Alemania Occidental, Suiza y Japón sean inmunes a los azotes de la recesión. Es verdad que los viejos banqueros de todo el mundo envidian a estos tres países por su relativo éxito en evitar una acelerada inflación de dos dígitos. Suiza gozó incluso, por breves períodos, de precios estables. Alemania Occidental mantuvo su tasa de inflación, a finales del decenio de los setenta, en un promedio inferior a 4 por 100. El índice de precios de Japón no pudo igualar estos desempeños estelares pero, hasta hace poco, era mejor que el de la mayoría de los países de la OCDE.

(3) PAUL A. SAMUELSON, *Worldwide Stagflation*, reproducido en H. Nagatani y K. Crowley (eds.), *Collected scientific papers*, de P. A. Samuelson (MIT Press, Cambridge, 1977), vol. IV, cap. 268, páginas 801-807.

No debemos olvidar, sin embargo, que este éxito en el nivel de los precios fue logrado por los tres países a un costo bastante elevado, en términos del vigor del crecimiento del producto. En Suiza, el índice correspondiente apenas recobró su nivel anterior a 1973. Durante el decenio de los setenta, el crecimiento del PNB real de Alemania Occidental fue algo inferior al de Estados Unidos, y en la última mitad de la década fue claramente peor. Si Suiza y Alemania Occidental no hubieran tenido la capacidad de barrer bajo el tapete parte de su desempleo, haciéndolo recaer en los trabajadores inmigrados, la cruzada contra la inflación habría perdido algunos de sus seguidores. Si bien es cierto que Japón sigue generando un crecimiento real más rápido que los principales países de la OCDE, al calcular en qué medida ha quedado por debajo de las tendencias que podían extrapolarse estimo que el costo de su lucha contra la estanflación ha sido elevado.

En conclusión, planteo que el crecimiento mundial en el último cuarto del siglo debe estimarse menor al del tercer cuarto. Mi colega Charles P. Kindleberger, que suele acuñar títulos expresivos, habla de la «economía menopáusica». Según él, no se trata de un *Gotterdammerung* wagneriano. El progreso no disminuye al son de disparos sino de sollozos.

Tales analogías biológicas pueden proporcionarnos un título expresivo, pero no ofrecen una explicación correcta. El opio duerme a la gente por sus propiedades adormecedoras. Envejecemos porque tenemos más años. En cambio, es posible que la economía moderna funcione mejor si se formulan análisis adecuados.

Sin duda, una razón del menor crecimiento futuro es la quintuplicación del precio real del petróleo de la OPEP. Se suele decir que éste es un precio de cártel, pero lo que requiere

explicación no es, según yo pienso, por qué es tan alto en la actualidad, sino por qué era tan bajo antes de 1973 (4).

Es probable que los precios actuales de la OPEP se acerquen más a lo que los economistas llaman precios competitivos que a precios de monopolio. El mayor costo competitivo no es el de los pocos dólares necesarios para extraer el petróleo. El costo marginal básico es el del uso optativo futuro. Si todo el petróleo se vendiese como se hace con el trigo, supongo que su precio variaría de 20 a 80 dólares el barril de mes a mes. Un incidente como el de la Isla de Tres Millas, que empaña el futuro de la energía nuclear en todas partes (menos en la Unión Soviética y en China), debería elevar el precio de equilibrio del petróleo en varias decenas de dólares. La habilidad y buena disposición de Arabia Saudita para mantener cierta estabilidad de precios es la única característica de la OPEP que la hace parecer más monopolística que competitiva. Para terminar, digamos que otros recursos naturales seguramente, además del petróleo, pondrán límites al crecimiento promedio global, ahora que tantos países han alcanzado esa etapa de la industrialización en la cual los recursos no renovables se consumen a tasas rápidas.

Un segundo factor que contribuye a la disminución de las tasas futuras de crecimiento es el relajamiento del esfuerzo y la disciplina que proviene de la abundancia misma. Para los suecos y los norteamericanos es ra-

(4) Opino que esos precios eran inferiores a los verdaderos precios competitivos. Mi hipótesis para explicar esta situación se apoya en que las doce empresas petrolíferas gigantes no podían confiar en la permanencia de sus derechos de perforación, que les hubiera permitido extraer petróleo a la tasa óptima. Por tanto, hicieron caso omiso del verdadero (futuro) costo de oportunidad, y se apresuraron a producir petróleo a tasas superiores a las competitivas que hubieran resultado lógicas en los días previos a la OPEP.

cional, no irracional, tomar vacaciones más largas, disminuir su ritmo de trabajo, replicar con insolencia al capataz y descuidar las artes de la ortografía y del álgebra. Los trabajadores de Corea del Sur están más hambrientos que los belgas, y algunas de sus desventajas tecnológicas pueden ser compensadas por este factor de vehemencia personal. Conforme los alemanes y japoneses prosperen, ellos también adquirirán, con seguridad, los estigmas de la abundancia.

Existe una tercera razón, menos segura, para que en el futuro crezca menos la productividad. El proceso de innovación y cambio tecnológico que predijo Schumpeter alcanzó su punto más alto durante la segunda guerra mundial y el período de recuperación posterior. La historia es siempre una carrera entre la ley de los rendimientos decrecientes y los descubrimientos científicos. El ritmo de progreso de la ciencia pura y la ingeniería aplicada está lejos de ser una serie estacionaria en el tiempo. Sus oscilaciones son bastante imprevisibles y no son de ninguna manera un proceso puro. En estos tiempos de comunicación rápida y regulación pública, el período temporalmente limitado del poder monopolístico schumpeteriano para extraer ingresos de las innovaciones se hace más corto. En general, no podemos confiar en una renovada revolución tecnológica que provenga de los científicos, los ingenieros y los administradores.

### **LA SOLUCION DEL DIABLO (QUE NADA SOLUCIONA)**

Seguramente, los más inteligentes del público ya han pensado en una posible solución a los dilemas de la economía mixta que hemos planteado. Wilfredo Pareto era un hombre inteligente. También lo era George Sorel. Leyendo entre líneas a Schumpeter, creo percibir que pensaba, tá-

citamente, en la misma solución planteada por ellos, a pesar de que sólo la defendió en algunas ocasiones y en círculos privados.

Me refiero, desde luego, a la solución fascista. Si el mercado eficiente es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: «*Desahagámonos de la democracia e impongamos a la sociedad el régimen de mercado*. No importa que tengamos que castrar al sindicalismo y enviar a la cárcel o al exilio a los molestos intelectuales».

La más reciente edición de mi texto sobre economía tiene una nueva sección dedicada al desagradable tema del fascismo capitalista (5). Digamos que si Chile y los «Chicago Boys» no hubieran existido, hubiéramos tenido que inventarlos como paradigma. Me parece oportuno citar algunas líneas de ese capítulo, sobre todo porque los conservadores a quienes molesta la forma de funcionamiento de la democracia se resisten a seguir su razonamiento hasta la conclusión lógica, el fascismo, y usan los límites constitucionales en materia impositiva como la forma de imponer el capitalismo.

He aquí cómo describo el capitalismo fascista:

«Los generales y almirantes toman el poder. Barren a sus predecesores izquierdistas, exilian a sus oponentes, encarcelan a los intelectuales disidentes, reprimen a los sindicatos, controlan la prensa y toda la actividad política.

»Sin embargo, en esta variante del fascismo de mercado, los dirigentes militares se mantienen fuera de la economía. No planifican y no se dejan sobornar. Entregan toda la economía a fanáticos religiosos, fanáticos cuya religión es el mercado de *laissez faire*, que tampoco aceptan sobornos. (La oposición al régimen chile-

(5) P. A. SAMUELSON, *Economics* (11.ª edición, McGraw-Hill, Nueva York), págs. 815-816.

no, quizá injustamente, llamó a este grupo los «Chicago Boys», porque muchos de ellos recibieron las enseñanzas o las influencias de los economistas de la Universidad de Chicago, quienes abogan por el mercado libre.)

»Entonces, hacen retroceder el reloj de la historia. Se deja libre el mercado y se controla estrictamente la oferta monetaria.

»Sin las transferencias de los pagos por seguridad social, los trabajadores deben trabajar o morir de hambre. Ahora, los desempleados contienen el crecimiento de la tasa competitiva de salarios. La inflación puede reducirse y hasta desaparecer.

»Si el índice de producción se eleva y la inversión extranjera entra a raudales, ¿cuál es entonces el motivo de queja? Dejando a un lado la libertad política, en este modelo se tiene, sin duda, *a un crecimiento significativo del grado de desigualdad de los ingresos, el consumo y la riqueza.*

»Ejemplo: el almanaque del Banco Mundial muestra un crecimiento real superlativo para Brasil en la década de los años setenta, pero también muestra que el 20 por 100 más pobre de la población sólo recibió 2 por 100 del total de los ingresos familiares, mientras que el 20 por 100 más rico obtiene 67 por 100, una desigualdad poco usual.»

¿Qué es lo que tienen en común Brasil, Corea del Sur, Singapur, México y Taiwan? Se les considera *ejemplos de países en desarrollo con éxito.* Su industria crece y conquista mercados en las naciones poderosas y en los países de menor desarrollo. Pero también son *sistemas políticos con un solo partido, algunos de ellos dictaduras lisas y llanas.*

No quisiera dejar la impresión de que el capitalismo fascista es algo bueno, o siquiera de que puede funcionar. ¿Qué tienen en común Mussolini, Nkruma, Sukarno, Amin, Khan y el Sha? Todos eran dictadores que,

según ellos, hacían funcionar los trenes a su hora y promovían el crecimiento del PNB. Durante un tiempo, algunos incluso parecieron tener éxito en sus propósitos, pero quiero citar las últimas palabras de mi libro sobre el capitalismo impuesto:

«La historia no conoce un caso en que el fascismo haya triunfado, incluso en sus propios términos económicos, durante un período prolongado. Por desgracia, tales sistemas no pueden evolucionar hacia democracias normales. Sólo pueden mantener las libertades económicas *imponiéndolas* a sus electores populistas. Los dictadores no se atreven a aflojar su dominio. Nunca saben cuánta disensión están reprimiendo. Como en Irán, sólo después se comprende el grado en que se habían agudizado y extendido las divisiones de clase.»

## MI SUEÑO

Personalmente, estoy de acuerdo con Winston Churchill cuando dijo que, si bien la democracia no es un sistema muy bueno, es, sin embargo, mejor que cualquier otro. Mi sueño es lograr que la economía mixta funcione mejor.

Debemos tratar de no achicar el pastel social ni liquidar su crecimiento con nuestras luchas por el modo de dividirlo. Nuestra meta debe ser el viejo objetivo marshalliano: mantener la cabeza fría para llevar a cabo los deseos de un corazón ardiente.

¿Es utópico rescatar y promover las cualidades *humanas* de la *economía mixta*, conservando al mismo tiempo *la eficiencia* del mecanismo de mercado? Sí, es utópico; pero la búsqueda racional de esta meta ofrece un reto digno a nuestra generación de economistas.

Paul A. Samuelson